

PRÓLOGO

Hombres, reinos, fronteras; también la fe se expandía, se retraía, se configuraba en aquellos siglos en que nada era permanente y en que todo era posible de conjugar a favor del poder. Éste, encarnado en el Emperador bizantino, en el Papa romano, en los diversos reyes de Occidente o de las lejanas tierras del Oriente, era capaz de movilizar hasta la más mínima pieza de aquel tablero de ajedrez en el que se había convertido la Europa medieval: intercambios culturales, diplomáticos, religiosos, económicos. Todo eso, y mucho más, pasaba por la decisión de unos pocos hombres, poderosos hombres a partir de los cuales se puede conocer buena parte de la historia política, diplomática y cultural del período. Claro está que no todo estaba ahí, en aquel número acotado de nombres, personalidades y figuras históricas que, a final de cuentas, son las que terminan por ser recordadas. Sabemos que la historia -hace un buen tiempo ya- ha comenzado a conocerse desde diversas aristas y perspectivas, a partir de infinidad de tipos de fuentes y documentos, pero ello, no obstante, no nos obliga a abandonar el relato detallado, preocupadamente acotado a aquellas personalidades que tuvieron en sus manos las decisiones que movilizaron, de una u otra manera, la historia de este continente.

Desde esta perspectiva histórica es la que nos habla Exequiel Monge, mas no es el único en este cuarto número de la revista: Monge nos lleva al pasado a través de un relato que parte y termina en sus dos protagonistas: el Papa Nicolás I y el *khan* Boris I de Bulgaria. Es a partir de ellos que su autor nos da cuenta de todo un contexto cultural de gran importancia para el concepto de cristiandad que se va forjando en el siglo IX europeo. Por su parte, Clara Suspichiatti nos traslada a aquel período complejo para el mundo cristiano -difícil al menos, para sus caras más visibles- como lo fueron los años de la querrela iconoclasta en Bizancio. Nuevamente, su punto de partida y de llegada es un nombre, un hombre, una de las tantas llaves a la historia: Juan de Damasceno.

Pero también otra historia en este número, se configura a partir de un personaje; otro relato logra tomar forma desde lo particular -el individuo- para, desde ahí, trasladarnos a una atmósfera, a un contexto, a un momento de aquella gran historia que es la historia del pensamiento: como historiadores, no nos debiera estar permitido el olvido de una reflexión

constante acerca de nuestro oficio; no debiera quedar ausente de nuestro ejercicio intelectual, una historia de la historia, una filosofía que nos acompañe en el proceso de la investigación. Tenerla presente es siempre una luz que nos invita a cuestionar nuestros propios paradigmas, nuestras propias concepciones de lo que es el tiempo y el espacio, la diferencia de lo cierto frente a lo falso. Por ello, indagar en las respuestas que hombres del pasado dieron a las mismas preguntas, nunca ha dejado de ser interesante. Es en esa enriquecedora temática en la que se adentra Leandro Lillo, llevándonos en su viaje al siglo V, a la mente de San Agustín, aquella que dio forma a una de las más importantes cosmovisiones del tiempo y de la historia que el Occidente ha visto nacer y permanecer durante varios siglos.

Ejercicio inverso es el que realiza Yohad Zacarías y su estudio de los estados mentales en la España del siglo XIII, inverso digo porque es a partir de conceptos teóricos, de la adopción de una perspectiva historiográfica particular, desde la que se nos adentra en esta España multicultural para encontrarse con Ramón Llull, aquel viajero que encarna la mirada del Oriente cuando se posa en este Occidente a veces cristiano, a veces musulmán, a ratos judío. Es esa España burbujeante, atravesada por un personaje que, para la autora, es capaz de encarnar los tres tipos de viaje que dan cuenta de los estados mentales de los que se ocupa una historia de las mentalidades. Son todos estos, modos diversos de abordar al personaje en la historiografía.

Mas, las historias que nacen del testimonio de un hombre, de la memoria de un nombre, no son las únicas protagonistas de este número: dos artículos abordarán aquellas otras entidades históricas, fundamentales para el desarrollo de la historia, de la vida, de la cultura: el espacio. Si nos quedamos en la España que visita Ramón Llull, nos encontramos con el espacio sagrado, el arte románico que durante los siglos XI y XII constituyó la estética de la ornamentación de monasterios y catedrales. Su origen, desarrollo y transformación en nuevas formas de creación artística (pues hablar de muerte en el arte es olvidar su constante cita, su constante vuelta a los orígenes de la expresión humana), es una historia fascinante que se puede seguir y, es más, debe seguirse con especial atención. Tras ella, viven las imagerías, las superposiciones de distintas subjetividades que nos dan cuenta de algo mayor, de aquellos estados mentales –como nos diría Yohad Zacarías-, que impregnan la historia con su tono, sus certezas, con su estética.

Bajo tales premisas se mueve la tesis de Carles Sánchez, contenida en este número. Su estudio de una de las portadas de la iglesia de San Miguel de Biota, en Zaragoza, se concentra en el análisis de una temática específica del arte románico, la psicostasis, para dar cuenta del desarrollo de la misma. Esta cobra protagonismo en el arte románico del siglo XII y, por supuesto, no deja de ser interesante preguntarse por el por qué. ¿Qué cambios culturales hay detrás de ese auge y protagonismo? ¿Ocurre algo a nivel estético, religioso, material? Una vez más, el relato del pasado se constituye a partir de un caso, de una entidad definida, delimitada y concreta; han sido los individuos, y con Sánchez, el espacio. Pero Pablo Castro también lo tiene en cuenta cuando decide posar su mirada en la historia de Bizancio: su preocupación está en el Hipódromo, verdadero escenario en el que confluyen las diversas fuerzas de esa historia. Tal como nos señala su propio autor, es un espacio social, pero también político, en el que lo que está en juego es algo más que la lucha de facciones librada entre sus grandes muros.

Como se puede apreciar, no les presento una división temporal de nuestro cuarto número, tampoco un seguimiento temático; he querido ver –y evidenciar a cada uno de los lectores- un hilo conductor que pasa por el enfoque desde el que se intenta conocer el pasado. Sabemos que las fuentes para la Europa medieval son escasas y difíciles de asir desde nuestro rincón del mundo; sabemos también que aquellas fuentes posibles de abordar sólo responderán a nuestras preguntas en la medida en que éstas estén bien formuladas. Es un ejercicio difícil ese, el de preguntar. El proceso no deja complicarse cuando llega el momento de abordar las respuestas, de ordenarlas, de transcribirlas a un lenguaje posible de entregar conocimiento a una comunidad que espera, impaciente, conocer. Hoy, esto ha sido posible, gracias a la preocupación de cada uno de los autores de este número, por dialogar con hombres y espacios concretos que, en los límites de sus capacidades, algo nos transmiten de esos mil años que reconocemos como Edad Media.

Tamara Alvarado H.

Coordinadora de la Comisión de Estudios Medievales